

LA MORAL DE LA MATERNIDAD CONSCIENTE

“En la escala de los pensamientos, la dignidad de la especie humana importa más que su felicidad y sobre todo que su crecimiento: multiplicar los nacimientos sin ennoblecer el destino, es preparar solamente una fiesta más suntuosa a la muerte.”

Madame STAËL
(Del libro *Alemania*)

LA EXPOSICIÓN teórica, rigurosamente documentada, que ha hecho Manuel Devaldés del eugenismo y del malthusianismo en *La Maternidad Consciente*, halla su ilustración literaria, pero muy verídica también en el fondo, en *Tu cuerpo es tuyo* de Víctor Margueritte, una novela aparecida casi al mismo tiempo. Estas dos obras, auxiliadas de un manual práctico, serían suficientes para la educación sexual integral. Devaldés nos ha dado cifras, datos, argumentos lógicos; Margueritte que, por su acción pacifista, se ha mostrado como una conciencia sincera y pura, no ha vacilado en atacar los problemas sexuales con una precisión y con una virulencia que sólo pueden incomodar a los hipócritas sentimentales y a los “puritanos” habituados a no mirar a la verdad cara a cara.

En el pensamiento de Devaldés y de Margueritte, sus libros eran, como el primero de estos escritores nos participó en la época de su publicación, “el comienzo de una acción de los malthusianos franceses para la anulación de la odiosa ley del 31 de julio de 1920 contra la propaganda malthusiana”. Esta ley confunde sencillamente la propaganda por la generación consciente con la propaganda por el aborto. La táctica de los gobiernos es sencilla: consideran como un crimen la selección de los nacimientos, cuando en realidad ésta constituye uno de los más altos deberes para con la humanidad. Mas Devaldés tiene la valentía de condenar a los enfermos que dan vida a otros

enfermos: "Esos saboteadores de la vida deben ser considerados y tratados como malhechores por los humanos acrisolados, que sientan en sí mismos el sufrimiento de todos los pobres seres así engendrados."

Ante todo, hay qué desechar la objeción de los que proclaman el "respeto a la vida por encima de todo", diciendo: "No tenemos derecho a matar antes del nacimiento" ni tampoco "a eludir la ley natural de la concepción con odiosas medidas médicas". Resultaría de esto que el sufrimiento sería obligatorio en forma de las más horribles herencias morbosas. Por "respeto a la vida", habría qué dejar a los sifilíticos, a los tuberculosos, a los epilépticos, a los alcohólicos, a los criminales multiplicarse... hasta la más completa degeneración y, a no dudar, hasta la extinción de la humanidad.

Otra idea que seduce a algunas personas y que inspira su objeción, consiste en que la "degeneración" sería una condición de la manifestación del genio en el arte, en la filosofía y en la ciencia. La lista de los hombres geniales que fueron sifilíticos, tuberculosos y alcohólicos, ejerce impresión sobre ellas. En realidad, debiera suscitar su horror. "El genio es una neurosis", afirma Moreau de Tours, y esto induce a ciertas personas a sublevarse contra el eugenismo, únicamente porque, con la selección de los nacimientos, la humanidad perdería algunos genios de gran valor. Pero la verdad es muy otra: la herencia morbosa no es una condición del genio, sino un obstáculo para él. Flaubert y Dostoiewsky, que sufrieron de epilepsia, fueron así privados de crear como hubiesen querido hacerlo. La parálisis general que atacó a Nietzsche no estimuló, sino que destruyó su genio filosófico y literario. Los doctores A. Rémond y P. Voivenel, en su libro *El genio literario*, han demostrado "que la enfermedad, en los escritores con taras hereditarias, no fue la fuente de su genio, sino que, por el contrario, éste fue entorpecido y aminorado por ella". Havelock Ellis, que se ha consagrado al estudio de los problemas sexuales, rechaza también el temor de los que creen que "si los locos desapareciesen o cesaran de reproducirse, ya no habría genios".

Después del fastidioso argumento del "genio por la herencia

morbosa"; después de los absurdos sociales y "morales" patrocinados por la Iglesia y el Estado, los adversarios del eugenismo creen hallar todavía un argumento en la proclamación de la inferioridad física e intelectual de la mujer, que debe soportar la primacía masculina por la razón de que se deberían al hombre todos los progresos realizados hasta el día. Este argumento estúpido y grosero es desmentido por los hechos que se desarrollan en el primer plano de la vida social y familiar. No es necesario remontarse a un pasado remoto para convencernos de que el matriarcado es la característica de las sociedades primitivas y el centro de gravedad de la vida familiar. La obra del sociólogo Roberto Briffault: *Las Madres*, es esencial para la comprobación de este aserto. Otros numerosos estudios sociológicos e históricos, entre los cuales citaremos los de Havelock Ellis y los de Ellen Key, deberían ponerse en manos de todas las mujeres con el fin de que adquiriesen conciencia de su gran misión: el mejoramiento de la especie humana por medio de una educación sexual integral, dispensada a ellas mismas, así como a los hombres y a los niños.

Tenemos qué insistir sobre este punto central del problema pese a todas las reticencias y a todas las mentiras que, por espíritu de dominación, mantiene el sexo masculino en la enseñanza moral y social. Pero tenemos que reprochar —sin indulgencia— al feminismo un gran error: su acción por la obtención de los "derechos políticos" es una peligrosa desviación de la misión inicial de las mujeres. En todas sus formas, la política es parasitaria; hállese fundada en la fuerza y en la intolerancia, esto es, en la guerra entre las naciones y en la guerra entre las agrupaciones sociales. Tratando de obtener la igualdad política con los hombres, las feministas se preparan una nueva esclavitud. Las cualidades morales y espirituales de la mujer no pueden hallar su expansión en el cuadro artificial de la "vida del Estado", sino en el cuadro natural de la especie y de la familia. La educación que las madres creen dar a los hijos en la forma "cultural" no es un comienzo, sino una consecuencia. El punto de partida se halla en la educación física y en la iniciación "corporal" que contiene lo que los hipócritas llaman los

“secretos” genésicos. ¿No es una trágica burla que enseñemos a los niños la cosmogonía y la mecánica, mientras que en lo que concierne al instinto sexual los mantenemos en una ignorancia cuyas consecuencias dolorosas no tardan en manifestarse? “Y es este instinto todopoderoso y primordial el que se deja ineducado —escribe Devaldés—; son la actividad sexual y el proceso complejo de la reproducción —origen, formación, desarrollo y finalmente nacimiento del ser humano— lo que nos esforzamos por mantener en las más densas tinieblas”...

En efecto, por encima de la revolución política, mediante la cual una minoría dictatorial sustituye a otra; por encima de la revolución económica, incompleta en su forma estrictamente marxista, situamos la revolución espiritual que implica una transformación de la *mentalidad* humana en el sentido pacífico y creador. La revolución espiritual de los humanitaristas es, de hecho, una evolución por interdependencia y cultura, y contiene a la vez la revolución sexual como una condición absoluta. Precisamos que la revolución sexual (¿mas es, en verdad, muy necesario?) no se confunda con la libertad sexual animal (la promiscuidad) o con el libertinaje que hace del acto sexual una voluptuosidad estéril. La revolución sexual consiste simplemente en la aplicación de los principios eugénicos y en el reconocimiento de la ley de población de malthusianismo, principios y ley que hemos expuesto en las páginas precedentes.

Sólo nos falta insistir sobre este postulado: la especie humana no se librará de la degeneración sino cuando la reproducción deje de ser un acto ciego, un acto bestial, un acto debido a la ignorancia y al azar. La maternidad consciente significa maternidad voluntaria y selectiva, y ésta sólo es posible mediante la educación sexual aplicada también a las mujeres y a los hombres, a los adultos y a los niños. Algunas iniciativas nos llevan a creer que llegará un día en que esta enseñanza biológica será dada a todos, niños y niñas, en la escuela primaria.

La individualidad femenina debe ser proclamada en lo sucesivo sobre la base de la igualdad sexual y del progreso moral e intelectual, en el medio de la familia y de la sociedad, y no con el falso pretexto de la igualdad política. La presencia de

las mujeres en casi todos los dominios de la actividad económica, artística y científica, no será una victoria efectiva sino desde el momento en que la mujer no sea ya un elemento pasivo en el dominio sexual; cuando ella sepa *elegir*, cuando haga consistir su unión con el hombre, no en un contrato de intereses o en gesto de ciega y vana sensualidad, sino en una afirmación de la conciencia humana al servicio de toda la humanidad.

La asociación sexual, antes de ser determinada por el amor o por intereses económicos, deberá estar subordinada —así como lo indican las realizaciones iniciales en los países escandinavos y en algunos países anglosajones— al cumplimiento de condiciones eugénicas. Los gazmoños reaccionarios pueden protestar ante la idea de que un día se exigirá de los candidatos al matrimonio la presentación de certificados médicos (análisis de la sangre, referencias hereditarias, etc.) ante los funcionarios del estado civil; mas su protesta será inútil, pues se pondrá un día en vigor una ley encaminada a este fin en cada país civilizado. Muchos de los que no hayan sido reconocidos aptos para el matrimonio recurrirán, sin duda, al amor libre o al “concubinato”. Esta es una razón más en favor de la educación sexual integral. Pues, superior a la ley escrita, impuesta por la sociedad, se halla la ley no escrita de la conciencia individual. La mujer, porque es también la madre, estará siempre más cerca del interés permanente de la especie, pues no ignora que la felicidad es imposible sin la salud física.

“*Un hijo mal nacido* —escribe Devaldés— *está perfectamente justificado para reprochar su nacimiento a sus padres.*” He ahí, en una sola frase, el secreto de la moral de la maternidad consciente. La heroína de la novela de Víctor Margueritte llega a esta moral mediante dolorosas experiencias. Víctima de la bestialidad masculina, se niega a amar “al hijo de la violación, al hijo que no ha deseado, al hijo inocente, sin duda, pero causa inconsciente de su miseria...; no siente vibrar en ella esa famosa cuerda maternal que permite a tantos plumíferos literarios declamar impetuosamente toda la sensiblería sentimental y toda la vaciedad de los lugares comunes”. (Pierre Larivière, en *Le Semeur*, número 104.)

Si el mandamiento moral —el de la conciencia personal— no es hoy suficiente para impedir que los padres conciban hijos enfermos o en número excesivo en una sociedad anormal, sepamos, no obstante, que llegará un tiempo en que los hijos pedirán cuentas a los padres del *crimen* de haberles hecho nacer para el infortunio. La educación sexual integral hácese más fácil cada día y será obligatoria para cada cual, en la medida que lo es hoy el conocimiento del abecedario.

La nueva moral de la maternidad consciente es una de las más altas expresiones del humanitarismo. Nos adherimos plenamente a esta conclusión de Devaldés: "Razón, firmeza, *ego-altruismo*, piedad para con los débiles y para los dolientes, respeto para la persona ajena, justicia, amor, gran amor: he ahí algunas de las necesidades intelectuales y morales del hombre, y especialmente del masculino, para que la maternidad consciente sea la regla y no la rarísima excepción."

El llamamiento de Devaldés se dirige principalmente a los hombres. Pero también tenemos confianza en la voluntad de las mujeres. Y repetimos: malhechor es el que transmite a sus hijos su enfermedad; malhechor es también el pobre que da la vida a niños destinados a una pobreza sin esperanza... Prepárese una nueva sensibilidad con la nueva moral sexual. Devaldés lo dice a los hombres: "Todo hombre debe saber que la mujer no es una esclava que un Dios masculinista había creado para el placer del otro sexo; que ella tiene su propia individualidad; que tiene derecho a la cultura, a la alegría, a la dicha..."

Que la mujer, lo mismo que el hombre, sepa que la felicidad no reside en el simple desencadenamiento de todos los instintos, sino más bien en el dominio ejercido sobre ellos. Dominio, que también significa selección. En vez de un rebaño hambriento y enfermo, florecerá entonces una humanidad lúcida, purificada y ennoblecida en un trabajo apacible y en los ideales creadores. El amor de la humanidad no se manifiesta tan sólo en un presente limitado, sino también en la inquietud del porvenir. Para salvar el futuro hemos de renunciar a algunos errores actuales. Sully-Prudhomme nos lo dice en dos admirables versos, en *Le Vœu*:

*Demeure dans l'empire innommé du possible,
O fils le plus aimé qui ne naîtras jamais.*
(En el ignoto imperio de lo posible mora,
¡Oh, hijo, el más amado, que nunca nacerás!)